

*Myrtia*, n° 14, 1999, pp. 101-117

**LA PRAETERITIO PROEMIAL DE LA *TEBAIDA* DE ESTACIO.  
¿VOCACIÓN CÍCLICA O VIRGILIANISTA?**

CECILIA CRIADO

Universidad de Santiago de Compostela\*

**Summary:** This paper reviews and discusses the theories of some critics, who had suggested that the Statius's proemium is a clear programmatic declaration and in the same way they had interpreted the *praeteritio* of this prolog as a anticlicic manifestation against Antimachus of Colophon. Therefore, the critics considered that Statius takes side on the classicism of Vergilius.

Es claro que característica constante, y casi única, de los exordios hasta fecha helenística es la de informar al lector. El propio Aristóteles insistía en que tanto el proemio de los discursos judiciales como el de las composiciones épicas debía informar al público sobre la materia objeto:

ἐν δὲ προλόγοις καὶ ἐπεσι δεῖγμα ἔστιν τοῦ λόγου, ἵνα προειδῶσι περὶ οὗ ἐν [ῆ] ὁ λόγος καὶ μὴ κρέμῃται ἢ διάνοια· τὸ γὰρ ἀόριστον πλανᾷ· ὁ δούς οὖν ὥσπερ εἰς τὴν χεῖρα τὴν ἀρχὴν ποιεῖ ἐχόμενον ἀκολουθεῖν τῷ λόγῳ. (*Rh.* 1415a12 ss.)

En el sentir de Conte, tras la “revolución” literaria del alejandrinismo, el proemio tuvo que ampliar estas miras, asumir nuevos oficios. Ya no era suficiente la mera contextualización temática. Se exigía una funcionalidad también programática. “La letteratura non è più cosa ovvia: chi la pratica deve dire “quello che fa”, perché tutti fanno in modo diverso”<sup>1</sup>. Esta nueva función la asume,

---

\* **Dirección para correspondencia:** Prof<sup>a</sup>. Cecilia Criado. Dptº de Latín y Griego. Facultad de Filología. Universidad de Santiago. Avda. Castelao s/n. 15704-Santiago de Compostela (España).

Copyright 1999: Servicio de Publicaciones. Universidad de Murcia (España).

ISSN: 0213-76-74

<sup>1</sup> G.B. Conte, *Virgilio. Il genere e i suoi confini*, Milán, 1984, p. 122.

siempre siguiendo a Conte, el proemio “al mezzo”<sup>2</sup>, quedando el proemio inicial absoluto reservado para lo que era su misión explicativa originaria. Es en estos proemios que ocupan posiciones centrales donde Conte hace radicar la sede de la “consapevolezza letteraria” de los respectivos autores<sup>3</sup>.

Por lo que a Estacio respecta, la investigación tiende a mostrarse de acuerdo en que el proemio inicial de la *Tebaida* y, más concretamente, su circunstanciada *praeteritio* aúnan estas dos funciones, temática y programática, que la producción literaria romana supuestamente había dislocado después de la experiencia alejandrina. O, dicho de otro modo, la crítica estaciana muestra cierta seguridad de que además de un proemio temático, el proemio inicial de la *Tebaida* es un proemio-declaración. Esta tesis ha sido largamente defendida. En las conclusiones de tales argumentaciones no se encuentra, sin embargo, consenso. La piedra de la discordia es siempre Antímaco, el precedente temático y genérico más inmediato, en principio, de la *Tebaida* de Estacio. En realidad el debate se plantea entre la posibilidad de que en estos versos iniciales Estacio se declare un epigono de Virgilio o, por el contrario, un poeta cíclico, seguidor de Antímaco de Colofón o, lo que es lo mismo, continuador de esa herencia bastarda de la épica homérica criticada por Calímaco.

El poema estaciano se abre con una *partitio* en la que de forma somera se enumeran los temas que van a ser objeto del canto:

*Fraternas acies alternaque regna profanis  
decertata odiis sontesque euoluere Thebas  
Pierius menti calor incidit*  
(I, 1-3)

Inmediatamente después de este establecimiento del *limes carminis*, Estacio introduce una *praeteritio* (*Theb.*, I, 4-16) en la que menciona los episodios que, aunque relacionados con Tebas, no va a incluir en su relato. Frente a los estudiosos que defienden la intención globalizadora y cíclica del precedente *sontes Thebas*, el poeta ahora parece no dejar dudas al respecto. Solicita que se le

<sup>2</sup> *Op. cit.*, pp. 126-131.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 127. Así, Conte reconoce una declaración de poética en la apertura del libro III de las *Geórgicas*, de tono eminentemente eniano pero saturado de las experiencias alejandrina y neotérica; en los versos iniciales de la sexta égloga, donde se repiten los mismos lugares programáticos que en el ejemplo precedente (es decir, el *primus ego* y la *recusatio*); en el principio del libro VII de la *Eneida*; en los versos con los que se abre el mismo libro de los *Annales* de Enio (con hincapié en el *primus ego* y en el *dicti studiosus* de ascendencia alejandrina); y en el proemio del libro IV de Lucrecio. Para una crítica contundente a las tesis de Conte, cf. M. Brioso Sánchez, “Observaciones sobre los proemios “programáticos” y las tesis de Conte”, *Habis* 29, 1998, pp. 87-100.

permita *praeteriisse* -v. 16- la prehistoria y protohistoria de Tebas, es decir, ni más ni menos que todas las ocasiones anteriores en que el reino de Anfión ha sido *sons*. Estacio, consiguientemente, no va a ocuparse ni de los orígenes fenicios de la saga tebana (*sidonios raptus* -v. 5-, *inexorabile pactum / legis Agenorea* -vv. 5-6- y *scrutantemque aequora Cadmum* -v. 6-), ni del mito fundacional de Tebas (*agricolam infandis condentem proelia sulcis* -v. 8-). También Estacio va a preterir los avatares del reinado de Anfión (*quo carmine muris / iusserit Amphion Tyrios accedere montes* -vv. 9-10-) y la cólera de Baco contra Ágave y Penteo (*unde graues irae cognata in moenia Baccho* -v. 11-). El poeta también encomienda a la competencia literaria de su auditorio el relato de la ira de Juno contra Sémele (*quod saevae Iunonis opus* -v. 12-)<sup>4</sup> y sus funestas consecuencias (*cui sumpserit arcus / infelix Athamas* -vv. 12-13- y *cur non expauerit ingens / Ionium socio casura Palemone mater* -vv. 13-14-).

Todo esto, que afecta a Cadmo y a sus descendientes directos, es lo que Estacio va a omitir. El *longa retro series*, (...) *si* (...) *expediam penitusque sequar* con el que empieza su *praeteritio* y el *praeteriisse sinam*, con el que la concluye, son suficientemente explícitos al respecto. El poeta, en definitiva, deja claro que el límite de su canto serán las aciagas luchas parricidas que Eteocles y Polinices mantuvieron después de que Edipo, conocedor de sus crímenes y acosado por las Furias, se hubiese arrancado los ojos.

Según decíamos, todos los temas que Estacio no va a tratar, los *gentis primordia dirae* (*Theb.*, I, 4) que constituyen esta parte del proemio son, desde el punto de vista de un sector mayoritario de la crítica, una referencia oblicua e implícita a Antímaco, paralela a la referencia directa que en los comienzos de la *Aquileida* se hace a Homero<sup>5</sup>. De forma recurrente se acude a estos versos que constituyen la *praeteritio*, *occultatio* o *praetermissio* proemial para intentar demostrar o bien el clasicismo y/o virgilianismo de Estacio o bien su carácter cíclico. En este último sentido, Turolla, reconociendo la proximidad de los proemios de ambos poetas, llega a la conclusión de que Estacio en su *praeteritio* hace profesión de poética antimaquea y Vessey se refiere a estos versos iniciales como “the ghosts of an intertext”, en clara alusión a la composición de Antímaco<sup>6</sup>. W. Schetter, siguiendo los pasos de los estudiosos de principios de siglo, sigue insistiendo en la relación de la *praeteritio* proemial estaciana con el inicio de la *Tebaida* antimaquea. En su opinión, estos versos contienen “ein Stück

<sup>4</sup> Estacio vuelve a ser parco en su explicación de la cólera divina. Omite que Juno enloquece a los esposos, ofendida porque Ino, hija de Cadmo y Harmonía como Sémele, y su esposo Atamante habían consentido, a petición de Zeus, en criar a Baco niño.

<sup>5</sup> O. Rossbach, “Eine übersehene Erwähnung des Antimachos”, *BPhW* 35, 1915, p. 235.

<sup>6</sup> “*Pierius menti calor incidit. Statius’ Epic Style*”, *ANRW* II 32.5 (1986), 2972.

Poetik<sup>7</sup>. Su conclusión es, sin embargo, la contraria a la de Turolla. A su entender, a la forma tan somera en que estos antecedentes son tratados subyace una declaración de poética polémica con el Colofonio, pues Estacio opone una brevedad y concisión clásicos al hacer más prolijo y disperso de Antímaco. El poeta mostraría su vocación anti-cíclica al llevar a efecto su intención de alejarse de los inicios que Horacio critica como propios de autores cíclicos y ajenos a la tradición homérica. Siguiendo la máxima horaciana de *nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri / nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo* (ars, 146 ss.), el poeta habría procurado no ir demasiado lejos en la prehistoria tebana, al menos en cuanto a espacio dedicado se refiere, pues en cuanto a tiempo no cabe duda de que incluye los acontecimientos de los orígenes más remotos.

Este hecho lleva a Schetter, Aricò y Carrara<sup>8</sup> a concluir que Estacio rehúsa la prolijidad de Antímaco, quien en su *Tebaida* se habría remontado al rapto de Europa. Con este rechazo Estacio se estaría oponiendo a la poética morosa y dilatada de Antímaco y se estaría adscribiendo a la técnica exordial virgiliana, homérica y aristotélica<sup>9</sup>. En definitiva, el napolitano sería un prototípico representante del neoclasicismo imperante en la edad flavia.

No puede menos que extrañar que los investigadores insistan en establecer la cualidad de la poética estaciana tomando como punto de partida un autor, Antímaco, cuya conservación fragmentaria difícilmente legitima para llegar a ninguna conclusión sobre su prolijidad y del que no hay constancia segura de que fuese conocido en la época de Domiciano<sup>10</sup>. Es claro que los argumentos que se pueden esgrimir para demostrar la relación entre Estacio y Antímaco resultan ser poco concluyentes. Ciertamente en los inicios de sus respectivas composiciones uno y otro poeta mencionan a Europa; Estacio muy escuetamente en el verso 5 de su primer libro y Antímaco en su primer libro, en relación con la *ékphrasis* del Teumeso que ocupa los *frs.* 2, 3 y 4 de Wyss. Concretamente, en el fragmento 3 se lee:

οὐνεκά οἱ Κρονίδης ὄσ<τε> μέγα πᾶσιν ἀνάσσει  
ἄντρον ἐνι σκίοεν Τευμήσατο, τόφρα κέν εἶη

<sup>7</sup> “Die Einheit des Prooemium zur *Thebais* des Statius”, *MH* 19, 1962, p. 206.

<sup>8</sup> G. Aricò, “Sulle tracce di una poetica staziana”, *BstudLat* 1, 1971, pp. 217-239 y P. Carrara, “Stazio e i *primordia* di Tebe: poetica e polemica nel prologo della *Tebaide*”, *Prometheus* 12, 1986, pp. 146-158. Muy recientemente, S. Georgacopolou, “Clio dans la *Thebaïde* de Stace: à la recherche du kléos perdu”, *MD* 37, 1997, pp. 177, n. 36 alaba el acierto de la argumentación de Carrara.

<sup>9</sup> Schetter es seguido en este punto por P. Carrara, *op. cit.*

<sup>10</sup> Serias dudas al respecto tiene D.W.T.C. Vessey, “The Reputation of Antimachus of Colophon”, *Hermes* 98, 1971, p. 10.

Φοίνικος κούρη κεκυθημένη, ὥς ῥα ἔ μή τις  
μηδὲ θεῶν ἄλλος γε παρέξ φράσσαιτο κεν αὐτοῦ

Existen dudas, sin embargo, sobre si la inclusión del episodio del rapto de Europa en Antímaco realmente perteneció al libro I y sobre si fue objeto de un tan detallado y dilatado tratamiento como cierto sector de la crítica presume. Lógicamente la existencia de una mención a los amores de Zeus y la hija de Agénor en el fragmento 3 no tiene por qué implicar necesariamente que éstos hayan sido objeto de una “ampia narrazione”, pudiéndose tratar simplemente, como en el caso de nuestra *Tebaida*, de una mera alusión<sup>11</sup>.

Además, ya Wyss advertía que el espacio narrativo que Antímaco dedicó a los antecedentes de la campaña de los Siete contra Tebas no debió de ser mucho, pues “iam quinto libro duces Argivorum apud Adrastum convenisse eiusque in regia convivio agere facit”<sup>12</sup>. De hecho, en los fragmentos 6 y 9, pertenecientes al libro I según la edición de Wyss, Tideo y Polinices ya se encuentran en la corte del rey Adrasto. De la misma manera en el fragmento 7 Tideo aparece hablando, lo cual es indicio claro de que “priscas illas fabulas non ita magnam carminis partem effecisse”<sup>13</sup>. Así pues, todo parece indicar que Antímaco no sé explayó mucho en la arqueología tebana y que las proporciones de ésta quizás fueron muy semejantes a las de Estacio. Por otro lado, los primeros fragmentos de la *Tebaida* de Antímaco atribuidos al libro I no resultan tener paralelo en el epos de Estacio, con la excepción de la existencia en ambos poetas de una invocación a las Musas (*fr.* 1). Ni la descripción del Teumeso (*fr.* 2), ni el relato de los amores de Júpiter y Europa (*frs.* 3 y 4 de Antímaco) aparecen en la composición romana, salvo la rapidísima referencia a la fenicia en el sintagma *sidonios raptus* (*Theb.*, I, 5)<sup>14</sup>. Faltan, en todo caso, evidencias sobre si Antímaco trató el resto de las leyendas tebanas mencionadas por Estacio en esto versos.

La razón de que se haya estudiado de forma tan recurrente la relación de Estacio con Antímaco y que de esta relación se haya querido extraer una declaración de poética obedece a causas oscuras. El caso es que ya entre la crítica más antigua<sup>15</sup> existe cierto consenso acerca de la utilización por parte de nuestro poeta del material antimaqueo. Tal seguridad resulta arrancar únicamente de la fe

<sup>11</sup> F. Caviglia, *La Tebaide libro I*, Roma, 1973, p. 7.

<sup>12</sup> *Antimachi Colophonii Reliquiae*, Berlín, 1936/1974, p. VII.

<sup>13</sup> B. Wyss, *op. cit.*, p. IX.

<sup>14</sup> D.W.T.C. Vessey, “Staius and Antimachus. A Review of Evidence”, *Philologus* 114, 1970, p. 122.

<sup>15</sup> Especialmente en R. Helm, *De P. Papinii Stati Thebaide*, Berlín, 1892, pp. 6-11, L. Legras, *Étude sur la Thébaïde de Stace*, París, 1905, p. 15 ss., O. Rossbach, *op. cit.*, 253-256 y J. van Ijzeren, “Vindiciae Antimacheae”, *Mnemosyne* 56, 1928, pp. 56-75.

concedida a un esolio que Barth recoge en su edición póstuma de 1664 y que el editor atribuye a Lactancio. Que dicha opinión preexistía lo demuestran las palabras de Lilio Gregorio Giraldi (s. XVI) al referirse al autor de la *Tebaida* romana: “Antimachum argumentum tantum imitatus, nam phrasi ille tumidus et laxus hic durus et arctior”<sup>16</sup>.

En 1664 Christian Daum sacó a la luz una edición de la *Tebaida*, novedosa respecto a las de Bernaert (Antwerpen, 1595) y Lindenbrog (Paris, 1600)<sup>17</sup>. Efectivamente, en ella se incluían escolios sacados de las notas de Caspar von Barth en relación con las cuales éste argüía, amparándose en la disculpa de un incendio que había destruido sus manuscritos, no ser capaz de distinguir las notas de su propia cosecha de aquéllas que procedían de Lactancio<sup>18</sup>. Barth atribuyó a Lactancio el esolio al verso 466 del libro III de la *Tebaida* en el que el escoliasta explicaba que los *gemini uates* mencionados por Estacio eran los argivos Melampo y Anfiarao<sup>19</sup>:

*gemini vates, qui sunt Melampus et Amphiaraus:  
dicunt poetam ista omnia ex Graeco poeta  
Antimacho deduxisse, qui et ipse lon<gam>  
G<raec>am Thebaidem scripsit et veteribus in  
magno pretio habitam.*

No es la única ocasión en que el humanista se refiere al de Colofón en relación a Estacio. Efectivamente, Barth glosa el verso 84 del libro XII de la *Tebaida* del modo siguiente:

*unius igitur diei res libris decimo et undecimo  
complexus est Papinius. Et hoc quidem  
Antimachicum est.*

La edición de Daum, sin embargo, nunca llegó a suplantar a la de su predecesor Lindenbrog, pues las dudas que ya desde un principio se cernieron sobre la honestidad de Barth restaron fe a su edición póstuma<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> *Dialogo*, IV. *De poetis latinis*, citado por G. de Filippis, “La *Tebaide* di Stazio e la *Tebaide* di Antimaco”, *A&R* 3-4, 1900-1901, p. 125. Era Antimaco un poeta que, en opinión de Giraldi, sólo podía gustar a los que amaban la seriedad y la austeridad.

<sup>17</sup> F. Delarue, *Stace, poète épique*, Paris, 1990, p. 548.

<sup>18</sup> R.D. Sweeney, *Prolegomena to an Edition of the Scholia to Statius*, Leiden, 1969, p. 3.

<sup>19</sup> *Cf. fr.* 29 B. Wyss, *op. cit.*

<sup>20</sup> Para las opiniones sobre lo poco ortodoxos métodos filológicos de Barth, cf. R.D. Sweeney, *op. cit.*, p. 4, donde, caritativamente, acaba diciendo: “some of its additional scholia are of Barth’s own (more or less innocent) composition”. B. Wyss, *op. cit.*, p. XIV

La situación, siguiendo a Sweeney, ha debido de ser la siguiente. No hay duda de que realmente Barth tuvo en su poder manuscritos de Estacio<sup>21</sup> y hasta podría ser factible que en ellos apareciesen escolios de Lactancio y comentarios marginales de otros autores tardíos<sup>22</sup>. Parece, sin embargo, que el autor de la edición de 1664 no tuvo acceso a manuscritos de la rama “Italian vulgate”, únicos que contienen escolios y en los que se habría basado la ya citada edición de 1600 de Lindembrog, sino a manuscritos inferiores, en absoluto útiles para la reconstrucción del texto y en los que con dificultad aparecerían escolios que los descendientes del arquetipo mencionado no conociesen. Esto es lo que provoca las dudas de Sweeney: “There could thus hardly be any scholia, except those forged, or shall we say inserted by accident, by Barth himself, not of known ancient origin”. Y, ya extremando la dureza con el editor, concluye Sweeney: “A falsified source indicated from a lost poet would be the one type of scholium most likely to have been forged by Barth”<sup>23</sup>.

De lo hasta aquí dicho, no parece osado colegir que casi ningún crédito merece ese escolio barthiano al verso 466 del libro III de la *Tebaida* estaciana. A pesar de ello, a él apelan gran parte de los críticos que defienden, en un sentido u otro, la relación de nuestro poeta con el de Colofón, llegando incluso a afirmarse que las palabras del escoliasta encuentran confirmación, aunque implícita, en “Stattus selbst”<sup>24</sup>. Helm muestra su convencimiento de que el *ista omnia* del escolio a *Theb.*, III, 466 se refiere a toda la *Tebaida* y no únicamente al pasaje de adivinación protagonizado por Anfiarao y Melampo. De hecho, Helm esgrime como prueba de que la obra de Antímaco debió de ser larga el que Estacio, suponemos que por imitar a su predecesor, mantiene en los seis primeros libros un ritmo muy lento en la narración. No obstante, esta demora, innegable bajo cualquier punto de vista, no se debe, al menos no exclusivamente, a la fuente antimaquea, pues el principal culpable de esta dilación es el relato de Hipsípila, que ocupa dos libros. No cabe duda de que la introducción de este largo pasaje puede ser entendido como una “respuesta emulativa” o como una imitación defensiva respecto a la alusión, más somera, que Valerio Flaco hace en

---

también se hace eco de los sentimientos encontrados que entre los especialistas suscita la honestidad de Barth “quem alii doctum nebulonem, alii divino virum ingenio iudicaverunt”.

<sup>21</sup> Sobre este punto, Sweeney cita el trabajo de A. Klotz, “Die Barthschen Stattiushandschriften”, *RhM* 59, 1904, pp. 373-390.

<sup>22</sup> R.D. Sweeney, *op. cit.*, pp. 3-4.

<sup>23</sup> B. Wyss, *op. cit.*, p. XIV.

<sup>24</sup> O. Rossbach, *op. cit.*, pp. 235-236.

*Argonautica*<sup>25</sup>. La prolijidad, entonces, de los primeros libros estacianos no tiene por qué ser antimaquea sino fruto de la estética, no precisamente clásica, ni, tal vez, neoclásica, de fin de siglo.

Las dos anotaciones de Barth han servido, en todo caso, para conferir rango de evidencia<sup>26</sup> a lo que, quizás, convendría no considerar más que una mera hipótesis. Admitir, basándose en estos escolios, que la temática y la tan “abominada” prolijidad estacianana son antimaqueas no es aceptable, pues implica aceptar como certeza un hecho que se asienta en conjeturas, eso sí, verosímiles. Pretender, por el contrario, que Estacio es virgilianista porque, presumiblemente, se aleja del “cíclico” Antímaco tampoco parece muy filológico. Una y otra conjetura se asientan en tres piedras angulares que metodológicamente no pueden menos que suscitar recelos. En primer lugar, se parte del hecho, de que en el proemio inicial de la *Tebaida* ha de existir una declaración de poética, ya sea de forma implícita o explícita, ya sea virgilianista ya cíclica. En segundo lugar, se da por supuesto que Estacio conoció a su predecesor griego<sup>27</sup> y, en tercer y último lugar, se acusa a Antímaco de una morosidad narrativa de claras reminiscencias cíclicas que estamos lejos de poder probar. Cabe la posibilidad de que Estacio, sin voluntad de explicitar poética alguna, simplemente percibiese que el relato de los antecedentes remotos de la historia de Polinices y Eteocles eran ya suficientemente conocidos por los lectores<sup>28</sup>.

Han pasado muchos años desde que Rossbach afirmó que Estacio prefirió omitir la arqueología tebana porque suponía una *longa retro series* que ya había sido dilatadamente tratada en los primeros libros de ese “typischer Schwätzer” que era el cíclico Antímaco, cuyas *dirae primordia gentis* ocupaban los tres

---

<sup>25</sup> Para el concepto de imitación defensiva, cf. G. Williams, “Statius and Vergil: Defensive Imitation”, *Vergil at 2000. Commemorative Essays on the Poet and His Influence* (ed. John D. Bernard), 1986, pp. 207-224. D.W.T.C. Vessey (“Varia Statiana”, *CB* 46, 1970, p. 52) se muestra convencido de que Estacio, movido por la doctrina de la *aemulatio*, intentó “to improve on his rival’s work (sc. Valerio)”, lo que de forma indirecta implica que Estacio compuso los libros IV-VI de la *Tebaida* después de que Valerio hubiera escrito el libro II de *Argonautica*.

<sup>26</sup> En este sentido son significativas las palabras de F. Moerner, *De P. Papinii Statii Thebaide quaestiones criticae, grammaticae, metricae*, Königsberg, 1890, p. 6: “At ne credas coniecturam meam de Antimacho Statii fonte, fundamento carere, in medium proferimus adnotationem scholiastae ad Statii Thebaidis libri III v. 466, ubi ille ad verba gemini vates haec addidit ...”.

<sup>27</sup> Hecho que, como hemos visto en la n. 10, suscita dudas razonables, a pesar del testimonio de Quintiliano (*inst.*, X, 1, 52-54) en sentido contrario.

<sup>28</sup> P. Venini, “Studi sulla *Tebaida* di Stazio. La composizione”, *RIL* 95, 1961, p. 64, n.28.



primeros libros del poema<sup>29</sup>. Que el poema antimaqueo debió de ser largo lo dice Porfirio, al anotar el verso horaciano (*ars*, 146) donde el poeta augusteo pone a Homero como el mejor de los épicos, porque *nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri, / nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo*<sup>30</sup>:

*Antimachus fuit cyclicus poeta. hic adgressus est materiam, quam sic extendit, ut viginti quattuor volumina implevit, antequam septem duces usque ad Thebas perduceret.*

No hay duda, Porfirio, aunque posiblemente de forma inadecuada, se está refiriendo a Antímaco de Colofón<sup>31</sup>. Interesa este testimonio pues no sólo presta oído al general consenso sobre lo dilatado del épico griego, sino que, además, entiende que la crítica que Horacio profiere en su *ars* se refiere a ese poeta, cíclico por excelencia, que era el Colofonio. En este sentido, el escoliasta confunde dos conceptos en absoluto, creo yo, identificables en el caso que nos ocupa; me refiero a la idea que subyace a su anotación de que poeta cíclico es aquél que escribe una obra larga.

Más dignos de crédito son, a mi entender, los escolios de Acrón. En el verso 136 de la citada epístola horaciana, dice Horacio: *nec sic incipies, ut scriptor cyclicus olim / fortunam Priami cantabo et nobile bellum*, y anota Acrón:

*Cyclicus poeta est qui ordinem variare nescit, vel qui carmina sua circumfert quasi circumforaneus; aut nomen proprium est Cyclicum et significat Antimachum poetam.*

También apunta el escoliasta al verso 146 de la misma epístola<sup>32</sup>:

*Antimachus poeta reditum Diomedis narrans coepit ab exordio primae originis, idest ab interitu Meleagri.*

Van Ijzeren<sup>33</sup> considera igualmente sospechosas las palabras de Porfirio y las de Acrón, mostrando su seguridad de que Horacio se está refiriendo al poema cuyo título griego habría sido Διομήδους νόστος y de cuya existencia ya se habría hecho eco Virgilio en el libro XI, 269 ss. de su *Eneida*. Es plausible que

<sup>29</sup> *Op. cit.*, p. 253.

<sup>30</sup> *Test.* 12a Wyss.

<sup>31</sup> D.W.T.C. Vessey, "The Reputation of ...", p. 9, resta valor a las palabras del escoliasta, pues afirma que, no siendo posible que éste hubiera tenido en sus manos la obra del de Colofón, simplemente repetía lo que la tradición le había enseñado.

<sup>32</sup> *Test.* 12b y 21d, respectivamente, Wyss.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 293.

Van Ijzeren tenga razón en lo que respecta a la interpretación de las palabras horacianas, pero creo que el testimonio de Acrón sí es digno de fe pues él, como Horacio, no tiene en mente al Colofonio. Prescindiendo de la definición de cíclico, que aparece en la anotación de Porfirio y que Acrón reitera, interesan ahora las palabras de este último referidas al verso 146 horaciano. Su literalidad difícilmente legitima a reconocer en ellas una alusión a nuestro Antímaco. Es verdad que el *reditum Diomedis* puede muy bien referirse al regreso del héroe de la segunda expedición de Argos contra Tebas<sup>34</sup>. En este caso, el poeta aludido sí podría ser el Colofonio y estaríamos entonces ante un testimonio de que el épico griego, efectivamente, abarcaba en su narración desde los preliminares, sólo tangencialmente relacionados con el objeto del poema, hasta los más últimos consecuentes de la guerra tebana propiamente dicha, esto es, al relato no sólo de la expedición de los Epígonos, sino del regreso a su patria de uno de éstos, Diomedes. Si esto fuera cierto, poseeríamos un testigo, sea o no veraz, de la prolijidad antimaquea.

No cabe duda, no obstante, que con mayor razón Acrón podría estar refiriéndose al regreso de la otra campaña en la que habría participado el mencionado héroe: la troyana. En este supuesto, el poeta acusado de prolijidad no sería, en modo alguno, Antímaco de Colofón, sino alguno de los autores de los *Regresos*, en los que se narraban los sucesos acaecidos a los aqueos a la conclusión de la guerra de Troya. No me atrevo a aventurar que la crítica horaciana estuviese dirigida concretamente a Antímaco de Teos<sup>35</sup>. Mi precaución tiene su razón en que, paradójicamente, lo que se conserva de los poemas cíclicos no legitima a suponerles gran extensión, pues, como aduce Wyss<sup>36</sup>, el número de versos de los epígonos cíclicos que se conservan en la *tabula Borgiana* no parece indicar que se tratase de una obra larga.

---

<sup>34</sup> Meleagro era el hermano menor de Tideo, siendo éste padre del héroe homérico Diomedes. Meleagro es, entonces, anterior en una generación a la campaña bélica contra Troya. Diomedes, por su parte, habría participado en la guerra de Troya y, como nieto que era de Adrasto, en la expedición de los Epígonos, pues en la primera expedición de los Siete contra Tebas aún no había nacido. Al modo de ver de Horacio, el no remontarse a los ancestros (*ab interitu Meleagri*) es la diferencia esencial entre la excelencia del verdadero poeta épico y los poetas cíclicos.

<sup>35</sup> Esta es la teoría que defiende U. von Wilamowitz, *Homerische Untersuchungen*, Berlín, 1884, p. 345, n. 26 al entender con acierto que el de Colofón no puede ser llamado cíclico y el de Teos sí. Cuestión que no interesa aquí y para cuyo estudio remitimos a A. Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica griega arcaica*, Madrid, 1979, p. 193 es si la autoría de este νόστος se debe a Antímaco de Teos o, por el contrario, a Agias de Trezén.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. V.

Pese a todo, es innegable la querencia de Estacio y posiblemente también de Antímaco, con el consiguiente disgusto de Calímaco, hacia las digresiones episódicas que estorban la linealidad de la narración. El napolitano hace uso profuso de ellas, ya sea bajo la forma de relatos con entidad suficiente (por el espacio a ellos dedicado) para desde una perspectiva calimaquea ser materia suficiente para un poema independiente, ya sea por estar formuladas como comparaciones, más breves, pero no por ello menos eruditas y parentéticas. En este sentido, la contraposición entre los dos autores épicos de tema tebano en los términos en que la plantea Carrara, esto es, la linealidad antimaquea frente a la renuncia estaciana de los episodios en nada relacionados con su objeto de narración, no tiene razón de ser.

Tanto Porfirio como Acrón acusan a Antímaco de *cyclicus poeta*. Como hemos tenido ocasión de comprobar, tampoco Estacio queda fuera de toda sospecha en lo que a su afán cíclico se refiere. Da la impresión de que la crítica actual adolece de la misma confusión respecto al concepto “cíclico” que los escoliastas<sup>37</sup>. Tal vez el único culpable de que el de Colofón haya sido considerado ya desde la antigüedad un poeta cíclico fue inconscientemente Calímaco, quien, en su afán de disuadir a Apolonio de que escribiese un poema de amplia longitud, probablemente le ponía como ejemplo a no seguir, precisamente, a Antímaco. Las afirmaciones calimaqueas ἐθαίρω τὸ ποίημα τὸ κυκλικόν y τὸ μέγα βιβλίον ἴσον (...) τῷ μεγάλῳ κακῷ<sup>38</sup> pudieran, no obstante, no ser una tan clara referencia a Antímaco o, al menos, no tenemos seguridad al respecto. Aun así, cabe la posibilidad de que Calímaco utilizase a Antímaco contra sus contemporáneos, concretamente contra Apolonio de Rodas<sup>39</sup>, por haberse éste

<sup>37</sup> Sobre este peligro llama la atención J. van Ijzeren, *op. cit.*, p. 295 al advertir de las incongruencias que los escoliastas cometen a la hora de clasificar a los poetas. Menciona este autor que muchos gramáticos y glosadores llaman “neotéricos” a poetas que nosotros consideramos cíclicos. Así, concluye, lo conveniente es que “minore indignatione et admiratione scholiastam audimus Antimachum cyclicum poetam nuncupantem” (p. 296).

<sup>38</sup> *Epigr.*, XXVIII, 1 y *fr.* 465 R. Pfeiffer, *Callimachus*, Oxford, 1949-1953, respectivamente. De la hostilidad de Calímaco hacia los poetas cíclicos deja constancia S. Koster, *Antike Epostheorien*, Wiesbaden, 1970, p. 119.

<sup>39</sup> D.W.T.C. Vessey, “The Reputation of...”, p. 4. En términos muy parecidos se expresa J. van Ijzeren, *op. cit.*, 298: “non possum non suspicari etiam odium poseos Antimacheae Callimachum movisse ut Apollonium a longioris ambitus carmine componendo deterreret”. Las *Vitae* ofrecen, sin embargo, una gran confusión sobre si las relaciones entre Calímaco y Apolonio fueron o no conflictivas (*cf.* A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1963/1983, p. 760). L. de Cuenca-M. Brioso, *Calímaco. Himnos, Epigramas y Fragmentos*, Madrid, 1980, p. 137, se inclinan a dar la razón a los que sospechan que esta célebre enemistad no fue más que una invención posterior. Como

dejado influir por el de Colofón, quien, efectivamente, sí habría escrito una obra larga, en cuyo caso, tal como Bernabé apunta, Calímaco lo que habría hecho es confundir la temática tebana, que sí había inspirado a los cíclicos, con la poética cíclica.

Este proceder calimaqueo habría contribuido, entonces, a que cristalizase la identificación de composición de gran longitud con poema cíclico, porque indudablemente Antímaco había compuesto un poema extenso, si consideramos fidedignos, además del escolio de Porfirio al verso 146 del *ars* donde alude a veinticuatro volúmenes, el testimonio de Cicerón: *magnum illud quod nouistis uolumen* (*Brut.*, 191). Hoy día, sin embargo, son pocos los expertos en literatura griega que consideran sostenible que Antímaco, precursor indiscutible de la épica helenística, haya sido un poeta de vocación cíclica, un continuador de esa “prolongación bastarda de la antigua epopeya homérica, repudiada por Aristóteles”<sup>40</sup>. Con menos motivo lo habría sido Estacio.

También Torres-Guerra se muestra inmune a la tradicional definición de “cíclico”; en este sentido, no duda en mostrar su seguridad de que la *Tebaida homérica* no se demoraba en los consecuentes ajenos al tema sino que “se cerraba con la incineración de los cadáveres argivos, que los tebanos le devolvían a Adrasto *motu proprio* y sin la intervención de los atenienses”<sup>41</sup>. Si las conclusiones de este autor son ciertas, hemos de acostumbrarnos a prescindir de la idea de que los poetas cíclicos eran víctimas de un “*affollarsi eccessivo e inutile, secondo un’ansia di dir tutto*”<sup>42</sup> y hemos de descartar, por falaz, el prejuicio de que Estacio, por haber utilizado como fuente-modelo a Antímaco, es un poeta cercano en su proceder poético al de los poetas cíclicos.

Con la misma pasión que se sostiene que el proemio estaciano es una “maldestra imitazione virgiliana” llevada a cabo por un poeta que, por su vocación cíclica, no era discípulo ni de Homero ni de Virgilio<sup>43</sup>, se defiende la

quiera que hayan sido las cosas, Apolonio estuvo muy lejos de seguir el consejo del de Cirene. Sobre el debatido tema de las relaciones entre los poetas del s. III a.C. y las polémicas derivadas, cf. recientemente L.F. Guillén Selfa, “El debate literario en el s. III a.C.”, *Myrtia* 11, 1996, pp. 17-31.

<sup>40</sup> M. Brioso, “Algunas consideraciones sobre la “poética” del Helenismo”, *Cinco lecciones sobre la cultura griega* (eds. Alberto Díaz Tejera, et alii), Sevilla, 1990, p. 34.

<sup>41</sup> J.B. Torres-Guerra, *La Tebaida homérica como fuente de Iliada y Odisea*, Madrid, 1995, p. 39.

<sup>42</sup> E. Turolla, “La poesia epica di Papinio Stazio”, *Orpheus* 3.3, 1956, p. 136.

<sup>43</sup> E. Turolla, *op. cit.*, p. 134 reconoce en Estacio una voluntad clasicista, aunque fallida por falta de talento.

postura contraria. Se arguye que es improbable que Estacio hubiera imitado a Antímaco, poeta tan criticado por Calímaco, a quien él tanto admiraba<sup>44</sup>. Efectivamente, es innegable el entusiasmo que el *graeculus* Estacio sentía por el de Cirene, como explícitamente lo declara en el epicedio a su padre: *tu pandere doctus / carmina Battiadae* (*silv.*, V, 3, 156-157). Dicho reconocimiento, en todo caso, no tenía por qué tener un carácter tal que excluyese la posibilidad de otros influjos, sobre todo en un poeta de intertextualidad tan ecléctica como Estacio. Aunque el τὸ μέγα βιβλίον ἴσον (...) τῷ μεγάλῳ κακῷ calimaqueo se refiriese a Antímaco, no tendría más valor que el juicio personal de Calímaco. En este sentido es bastante significativo que Estacio, siguiendo las directrices de Calímaco presuntamente no se hubiese dejado influir por Antímaco, y hubiese imitado, sin embargo, a Apolonio, también denostado por el de Cirene<sup>45</sup>.

Los defensores del virgilianismo o del anti-antimaqueísmo de la *praeteritio* estaciana resultan, a lo que parece, estar fuertemente condicionados por estos pasajes del conjunto de la obra del napolitano donde el poeta, aludiendo a su autoconciencia literaria, reconoce su profesión virgilianista. Efectivamente, si nos ceñimos a las declaraciones de poética explícita rastreables en las *Silvas* y en la *Tebaida*, estaríamos ante un autor de vocación clasicista. En la *silv.*, IV, 7, 25-28, dirigida a Vibio Máximo, se menciona a Virgilio:

*quippe te fido monitore nostra  
Thebais multa cruciata lima  
temptat audaci fide Mantuanae  
gaudia famae.*

De nuevo en *silv.*, IV, 4, 51-55, cuando el poeta visita la tumba del mantuano en busca de inspiración:

*en egomet somnum et geniale secutus  
litus, ubi Ausonio se condidit hospita portu  
Parthenope, tenues ignavo pollice chordas  
pulso Maroneique sedens in margine templi  
sumo animum et magni tumulis ad canto magistri.*

Y, por último, en la *Tebaida* (XII, 816-817) el napolitano declara su conciencia epigonal respecto al mantuano:

*et mea iam longo meruit ratis aequore portum.  
durabisne procul dominoque legere superstes,  
o mihi bisse nos multum uigilata per annos*

<sup>44</sup> F. Spiro, *De Euripidis Phoenissis*, Berlín, 1884, p. 26.

<sup>45</sup> F. Moerner, *op. cit.*, p. 7.

*Thebai? iam certe praesens tibi Fama benignum  
strauit iter coepitque nouam monstrare futuris.  
iam te magnanimus dignatur noscere Caesar,  
Itala iam studio discit memoratque iuuentus.  
uiuue, precor; nec tu diuinam Aeneida tempta,  
sed longe sequere et uestigia semper adora.  
mox, tibi si quis adhuc praetendit nubila liuor,  
occidet, et meriti post me referentur honores.  
(Theb., XII, 809)*

Sin duda, esta *sphragis* es la más clara referencia admirativa por parte de Estacio a su gran predecesor, pero a ella puede subyacer una *meiosis*, una conciencia de transgresión emulativa o, al menos, de nueva mentalidad, llamémosla o no barroca. Ciertamente, en esta ocasión, Estacio es más ovidiano que virgiliano, pues también Ovidio, “el padre del barroco romano”, concluye sus *Metamorfosis* con unas líneas en las que hay “beyond the confident pride of a great artist in his undying work, one sharp clarion note of defiance”<sup>46</sup>. La *sphragis* estaciana tiene además paralelos con los versos del otro gran poeta “barroco” e iconoclasta de la antigüedad, Lucano, quien introduce a raíz de la visita de César a las ruinas de Troya la siguiente reflexión<sup>47</sup>:

*o sacer et magnus uatum labor! omnia fato  
eripis et populis donas mortalibus aeuum.  
inuidia sacrae, Caesar, ne tangere famae;  
nam, siquid Latiis fas est promittere Musis,  
quantum Zmyrnaei durabunt uatis honores,  
uenturi me teque legent; Pharsalia nostra  
uiuuet, et a nullo tenebris damnabimur aeuo.  
(IX, 980 ss.)*

Si se compara este pasaje con los versos finales de la *Tebaida*, es posible reconocer de forma inmediata la existencia de motivos comunes. En uno y otro poeta aparece el tema de la inmortalidad de la obra, de su éxito de público en el presente y en el futuro, la alusión a los grandes épicos precedentes, a la envidia y, tal como dice Delarue, a la “exaltation de l’ététernité”.

Recientemente he tenido ocasión de escuchar la opinión de Antonio Alvar de que el hipotexto de la *Tebaida* es Virgilio y, hasta cierto punto, Lucano, mientras Antímaco es el architexto. Es posible, pero un poeta que se mueve con dos hipotextos tan dispares, sobre todo siendo uno de ellos Lucano, no puede ser tan

<sup>46</sup> H. Fränkel, *Ovid, a Poet between Two Worlds*, Berkeley-Los Ángeles, 1969, p. 111.

<sup>47</sup> F. Delarue, *op. cit.*, p. 542.

virgiliano como él mismo parece considerarse en su *sphragis*. Clasicismo virgiliano en sentido estricto no se puede entonces encontrar, en mi opinión, ni siquiera en aquel pasaje, el de la *sphragis*, donde Estacio confiesa su carácter epigonal respecto al mantuano. Con menos razón en el proemio inicial, en cuyos versos no hay ni la menor mención al gran épico romano ni eco alguno virgiliano. Al contrario, no se equivoca P. Friedländer al definir el proemio de la *Tebaida* como “unklassische”<sup>48</sup>. Frente a la concreción clásica del proemio de la *Iliada* o de la *Eneida*, el *calor incidit* estaciano exagera la disolución de lo clásico ya anunciada en el *fert animus* de Ovidio y en la intencionada indeterminación proemial de Lucano. Sólo Claudiano superará en este sentido al propio Estacio (*rapt. Pros.*, I, 3: *audaci promere cantu mens congesta iubet*). En todo caso, no sería Estacio el primer autor que contradice su teoría programática con su *praxis* literaria. A este respecto, parece acertado el aserto de D. Comparetti de que Virgilio no ejerció sobre la poesía latina de la época que estudiamos más que una “influencia puramente formale. Lo studio intenso del poeta, l’uso e l’imitazione spesso servile del suo linguaggio poetico, non coprono in alcuna guisa l’immenso divario che è fra questi poeti posteriori e i poeti augustei nel modo d’intendere la poesia”<sup>49</sup>.

A esta problemática presencia de Virgilio en la literatura del s. I d.C. hay que sumar el peligro que supone vincular preceptivas derivadas de pasajes que tocan al concepto clásico de estructura y unidad<sup>50</sup> cuando tenemos que vérnoslas con un autor que ha sido, y no sin razón, constantemente acusado de falta de unidad y de “usura” de episodios en nada concernientes al *limes carminis* establecido en el proemio. Quizás no le falta razón a Feeney en que “readers who come to the *Thebaid* from Ariosto or Tasso seem to be in a better position to appreciate its (sc. de la *Tebaida*) power and beauty than reader who comes to it from Vergil”. Y es que la crítica al proceder estaciano por episodios deja de tener sentido cuando nos rendimos a la evidencia de que es el propio poeta el que una y otra vez llama la

<sup>48</sup> “Vorklassische und Nachklassische”, *Das Problem des Klassischen und die Antike* (ed. W. Jaeger), Berlin/Leipzig, 1931/1972, p. 42 ss.

<sup>49</sup> *Virgilio nel medioevo*, vol. I, Florencia, 1872, p. 58. Hoy día, resulta, sin embargo, indefendible que “Lucano, Silio Itálico, Valerio Flaco, Stazio, non sono in realtà che retori i quali declamano in versi” (p. 44). Éste era, sin embargo, el sentir general de la crítica decimonónica acerca de la literatura postaugustea. Afortunadamente, las perspectivas de estudio han cambiando y estos prejuicios se han superado. Para una visión magnífica de las relaciones del epígono respecto a su maestro Virgilio, cf. G. Williams, *op. cit.*, pp. 212-223.

<sup>50</sup> Concretamente Arist., *Po.*, 1451a16 ss., 1455b1 ss., 1459a30-36, Hor., *ars*, 141-152 y Quint., *inst.*, VII, 10, 11 son pasajes constantemente aducidos para demostrar el clasicismo compositivo de Estacio.

atención sobre su manera dilatoria de narrar<sup>51</sup>. Es, sin duda, algo voluntariamente buscado por el poeta, sin que podamos saber si Estacio es consciente de lo “no-clásico” que resulta su distanciamiento respecto al proceder virgiliano.

A decir verdad, el proceso de gestación de un texto literario es el mismo en la época de Virgilio que en la de Estacio. El motor y alma de la creación literaria seguía siendo básicamente la tradición. En tal sentido, tanto el mantuano como el napolitano son dos clasicistas en sentido estricto. Bien es verdad que la producción literaria, un siglo después de la composición de la *Eneida*, se había visto engrosada por materiales de procedencia varia, con ramalazos de revolución y movimientos iconoclastas incluidos. A mi entender, Estacio, sin duda buen conocedor de toda la producción literaria griega y romana anterior, circunstancia de la que frecuentemente alardea en sus *Silvas*, utilizó, según el principio de economía que rige la creación literaria antigua, dichos precedentes de forma totalmente ecléctica y sin sometimiento a dictados de poética alguna. Nuestro poeta era un verdadero maestro en el arte de modificar material preexistente hasta el punto de hacer, en algunas ocasiones, irreconocibles los architextos. El genio poético de Estacio se concentra, creo yo que de una manera totalmente consciente y deliberada, en explotar esta capacidad.

Conte cree que el empleo de un modelo no implica, al menos no únicamente, un acto de imitación, sino uno, más importante, de comunicación<sup>52</sup>. Si esto es así, la utilización mayoritaria que Estacio hace de material lingüístico virgiliano no tendría, de hecho creo que no tiene, por qué implicar una adscripción a la poética del mantuano. De la misma manera, de haber estado a disposición de nuestro

---

<sup>51</sup> D.C. Feeney, *The Gods in Epic, Poets and Critics of the Classical Tradition*, Oxford, 1991, p. 340. En este aspecto ya había incidido G. Krumbholz, “Der Erzählungsstil in der *Thebais* des Statius”, *Glotta* 34, 1955, p. 247 ss. En su opinión el proceder estaciano por escenas destacadas y conclusas es el principal elemento diferenciador respecto al desarrollo lineal virgiliano.

<sup>52</sup> Aspecto sobre el que el profesor Conte insistió durante un curso de Doctorado impartido en la Universidad de Santiago de Compostela.



poeta la obra antimaquea estimo que la habría usado como fuente, pero parece excesivo que, aunque se consiguiese demostrar tal deuda, ello capacitase para llegar a conclusiones definitivas sobre su vocación cíclica. En todo caso, según hemos podido comprobar, la inclusión de la *praeteritio* estaciana no parece ser una beligerante declaración de principios clasicistas en sentido aristotélico y virgiliano ni, al contrario, de principios de poética cíclica<sup>53</sup>.

**C. Criado**

---

<sup>53</sup> En contra de nuestra opinión y dándole la razón a Carrara, el último trabajo de S. Georgacopoulou, *op. cit.*, p. 167 ss.